

TEORIA Y ANALISIS INTERNACIONALISMO PROLETARIO.

E. González Rojo

El análisis histórico del periodo renacentista y post-renacentista de Europa arroja el conocimiento de que la burguesía, al pugnar, junto con otras fuerzas, por la conformación de los estados nacionales, no sólo intenta ganar el espacio conveniente para su libre funcionamiento como clase económica en ascenso, sino que también se propone llegar al poder, o lo que es igual, hacerse de la nación en la forma, por así decirlo, de la propiedad privada. Retengamos, entonces, esta expresión: la clase burguesa lucha por *poseer* y acaba *poseyendo* la nación. Y también, si le es posible, ampliar sus fuerzas en detrimento de otras naciones. El concepto de Patria que maneja en todo este proceso la burguesía no es otra cosa que la ideología democrático-burguesa consistente en presentar como propiedad de todos los componentes de la colectividad lo que es tan solo monopolización de la clase burguesa. Y presentarla de esa forma para defenderse de otros Estados o también para agredirlos. El concepto de patria es la noción que garantiza la cohesión emocional de todos los integrantes de un país puesta al servicio del verdadero poseedor de la nación: la burguesía. En este sentido, no solamente el proletariado manual carece de patria o lo que es igual, la patria que se presenta como existiendo al

margen de las clases, es en realidad, la patria burguesa, sino que lo mismo ocurre, aunque en diferente nivel, con la clase intelectual. La clase intelectual, en la sociedad burguesa, carece asimismo de patria porque la nación no es monopolizada por ella, sino por la clase capitalista en el poder.

La existencia de clases antagónicas en sentido económico, basada en la propiedad privada o no, de los medios materiales de la producción) o de clases antagónicas en sentido técnico-funcional (basada en la propiedad o no de medios intelectuales de producción) determinan la existencia de la propiedad privada del Estado por parte de la clase dominante. En el capitalismo, la burguesía posee la nación. En el modo de producción intelectual, la clase intelectual es la que se la apropia. Decir que la clase dominante se adueña de la nación, de la patria, y del Estado, significa dos cosas: en primer lugar que se priva de la posesión, usufructo y utilización efectiva a quienes carecen de la posesión estatal, y, en segundo lugar, que esa exclusión, base de la propiedad privada, reúne no solo a los pueblos, clases y países extranjeros, sino a los propios obreros, campesinos, etc., del país de que se trate. En este sentido, podríamos distinguir entre una extranjería-externa y una extranjería-interna, y hacer notar que esta última alude al pueblo que, manipulado por la nación de patria, es en realidad extranjero dentro de una nación poseída de hecho por la clase burguesa o por la clase intelectual. La clase obrera, en efecto, es extranjera en los países "socialistas". Basta tener presente, para comprender este asunto, los conflictos del proletariado polaco de fines de 1980.

La nación es por consiguiente, también poseída por la clase intelectual que accede al poder. Para elevarse a esta situación

el sector histórico de la clase intelectual (normalmente el "marxismo-leninismo") se ve en la necesidad de disfrazarse con dos velos: por un lado se cubre de un ropaje obrerista. Habla en nombre de los obreros y campesinos. Dice representar sus más caros y profundos intereses.

Sin embargo, cuando la clase intelectual y sus sectores burocrático y tecnocrático llega al poder, cuando, después de expropiar a los expropiadores de los medios materiales de la producción instauro en el poder a los expropiadores de los medios intelectuales de producción, se apodera de la nación y refuncionaliza la ideología de la patria. No solo, pues, la clase burguesa posee en la forma de propiedad privada una determinada nación, sino que, otro tanto hace la clase intelectual al acceder al poder. Una vez que ha instaurado un nuevo orden social, y también en el proceso mismo de esta instauración, la clase intelectual resucita la ideología de la patria, aunque dándole, como es lógico, un nuevo sentido: la patria burocrática-tecnocrática, la patria de la clase intelectual, se presenta como la patria de todos o como la patria del proletariado en el poder. Pero bien vistas las cosas, el proletariado manual, la clase obrera y los campesinos, *carecen nuevamente de patria en los llamados países socialistas*. La clase intelectual, en cambio, ha pasado de una situación en que, en el capitalismo, carecía de patria (como el trabajador manual) a una posición en que, al adueñarse del Estado, tiene al fin patria. Y hasta promueve aquellas medidas (como la expropiación del capital privado), que expresando esencialmente los intereses de la clase intelectual (y de sus sectores burocrático-tecnocrático y militar), encarna limitadamente intereses que también favorecen a largo plazo al proletariado manual.

Por otro lado se cubre de un ropaje *internacionalista*. Habla en nombre, en efecto, del proletariado internacional. Organiza varias Internacionales. Critica el espíritu estrechamente nacionalista o el chovinismo de pequeña, mediana o gran potencia. Pero veamos qué sentido tiene el internacionalismo promovido por la clase intelectual vestida no sólo con los dos velos del obrerismo y el internacionalismo sino con la túnica del socialismo. Cuando se trata del internacionalismo que defiende una fuerza social anticapitalista en su lucha contra el régimen burgués, pero una fuerza social que lejos de ser socialista, no hace otra cosa, conscientemente o no, que abrir las puertas a la sustantivación tecno-burocrática, se define de hecho como un embate del *nacionalismo intelectual* llevado en nombre del *internacionalismo obrero*. ¿Cuál es la razón por la que el sector para-sí de la clase intelectual en ascenso se disfrace de internacionalista? La razón no puede ser otra, nos parece, que la de aprovechar el sentimiento de *extranjería interna* que acaba por predominar dentro de las masas en el capitalismo para lanzarse en contra de la propiedad burgués de la nación; socavar sus bases, minar su estabilidad, y abrir las puertas a la apropiación de la nación por parte de una clase, la intelectualidad, que es internacionalista frente a la burguesía, pero nacionalista frente a los trabajadores manuales de la ciudad y del campo. Se trata, pues, de un internacionalismo asumido (como en el caso de toda clase explotadora no como fin sino como medio. También la burguesía manejó en su época la idea del derecho de gentes o el cosmopolitismo en contra del regionalismo y el particularismo feudales y mostró elocuentemente cómo su pretendido internacionalismo no era otra cosa que uno de los instrumentos o de los medios empleados para sustituir el localismo aristocrático por el nacionalismo burgués. El

sector histórico, marxista-leninista, de la clase intelectual muestra en la utilización del internacionalismo (obrerista en su forma e intelectualista en su contenido) la misma sabiduría pragmática que le hace asumir el "materialismo dialéctico" y no el idealismo, el "socialismo científico" y no la ideología burguesa', el "realismo socialista" y no el formalismo burgués, o sea, que hace uso de una práctica teórica que en lugar de perjudicarlo en su pugna por adquirir un poder popular de sustentación anti-capitalista, le ayuda a conquistar a las masas, a manipularlas, haciéndole el juego a cierto instinto, anticapitalista que puede servir de materia prima para un adoctrinamiento tendencioso. A los marxistas-leninistas les viene como anillo al dedo, en este contexto, la divisa tradicional del Manifiesto. El grito de "Proletarios de todos los países, uníos" encarna, en efecto, una ambigüedad, una homología. ¿A qué proletarios hace referencia el lema? En un principio, en los clásicos del marxismo, la noción de proleteriado tendía a identificarse con clase obrera, esto es, con el trabajo manual que operaba en la industria. Hoy por hoy, la mayor parte de los marxistas-leninistas (y no se diga otras corrientes más reformistas) comprenden dentro del concepto de proleteriado no solo el trabajo manual asalariado sino también el trabajo técnico proletarizado. Consecuencia de esto es que lanzar la consigna de "¡Proletarios de todos los países, uníos!" no tiene otro significado que el de gritar: "¡Trabajadores intelectuales y manuales de todo el mundo, uníos!", lo cual significa dos cosas: a) que es preciso agrupar a todo el frente asalariado en contra del capital y b) que una vez derrotado el enemigo capitalista, se eleve al poder al proleteriado victorioso; pero a un proleteriado donde los intelectuales, los técnicos y burócratas, ocupan, por razones histórico-estructurales, los puestos centrales del poder económico-político. El internacionalismo "marxista-

leninista", la utilización y refuncionalización tecno-burocrática de la divisa marxista del Manifiesto no es, entonces, más que la pieza maestra, de carácter ideológica, destinada a combatir el nacionalismo burgués a favor del nacionalismo intelectual. Resultado de ello es que si el internacionalismo concebido por Marx implicaba un comportamiento estratégico nacional por la forme e internacional por el contenido, el internacionalismo vendido por el marxismo-leninismo acarrea una acción estratégica inversa: internacional por la forma y nacional por el contenido. Para Marx -aunque no logró visualizar el camino concreto para la realización efectiva de ello- lo nacional era el medio, lo internacional, el fin. Para el marxismo-leninismo, Trotsky incluido, lo nacional es el fin y lo internacional al medio. Todo esto, como se comprende, al margen de los buenos deseos, de la posición subjetiva y del rechazo voluntarista de las aplastantes condiciones objetivas abiertas por el régimen tecno-burocrático de la clase intelectual. El internacionalismo marxista-leninista es, entonces, una ideología. Nos da gato por liebre. Nos ayuda a liberarnos de un enemigo para reenajenarnos, como Cuba, al otro. Se presenta como la lucha de la clase obrera cuando no es sino la lucha obrera de la clase intelectual para acceder al poder y, con ello, a la propiedad privada de la nación.

El nacionalismo intelectual, el chovinismo tecno-burocrático, se expresa de manera permanente. Ciertamente que ha cumplido roles progresistas cuando ha servido de elemento cohesionador del pueblo en contra del invasor imperialista o fascista como en el caso de la Unión Soviética respecto a los nazis o de los coreanos y vietnamitas respecto a los imperialistas yanquis; pero en otras ocasiones ha develado su carácter reaccionario, antipopular (invasión soviética en Checoslovaquia, Afganistán, etc.). Ha sido progresista,

entonces, *frente al capitalismo*, y es reaccionario *frente a los pueblos*. ¿Qué opinar, en este contexto, de las “guerras entre países socialistas”, fórmula cuya sola enunciación resulta repugnante y provocadora de la máxima perplejidad? ¿Qué pensar de los conflictos fronterizos entre China y la Unión Soviética? ¿Qué de la invasión vietnamita a Camboya? ¿Cómo interpretar la incursión china en territorio de Vietnam? La explicación objetiva de estos acontecimientos sólo puede empezar a desarrollarse si y sólo si niega el carácter de países socialistas a todos los implicados en los hechos de armas mencionados. No es socialista la URSS, no lo es China, no lo son, asimismo, ni Vietnam ni Camboya. La expresión “guerra entre países socialistas” implica un contrasentido: el socialismo, en su más justa y revolucionaria interpretación, no puede ser sino internacionalismo, y si ello es así, hablar de guerra entre países que han asumido el internacionalismo, carece de sentido. Lo que sucede, sin embargo, es otra cosa. Se trata de una lucha no de países socialistas, lo cual sería imposible, sino de una guerra entre países que, siendo *regímenes intelectuales*, navegan con la bandera de socialistas. Consecuencia de ello es que, como decíamos con anterioridad, en vez de asumir el nacionalismo como medio, lo asimilan como finalidad o, lo que es igual, en vez de tener el nacionalismo como forma y al internacionalismo como contenido, tienen al internacionalismo como forma (como ideología) y al nacionalismo como contenido. La lucha entre “países socialistas” no es, entonces, sino el *conflicto armado de diversas tecno-burocracias*. La formación *social intelectual* no sólo entra en contradicción, en términos bélicos, con el enemigo *ascendente* de clase (esto es con el capital) y con el enemigo *descendente* de clase (esto es el pueblo) sino también con el enemigo *horizontal* de clase (esto es, otras formaciones

sociales intelectuales). La clase intelectual, al apropiarse de la nación, la excluye, la independiza y contrapone no sólo a las naciones capitalistas y a sus propios pueblos, sino también a las otras naciones apropiadas por sus clases intelectuales autóctonas. Es claro que puede haber, y hay, "alianzas" permanentes (como el caso de la Unión Soviética y sus satélites tecno-burocráticos de Europa del Este, del Extremo Oriente o de América Latina) o alianzas conflictivas (como la de la URSS con Rumanía). Pero es importante tomar en cuenta que en estas alianzas no todos son iguales, sino que hay una jerarquía militar (piénsese en el Pacto de Varsovia), económica (piénsese en el COMECON) y política (téngase en cuenta el control ejercido por la tecno-burocracia soviética sobre las demás tecno-burocracias locales). Cuando alguien intenta salir de esta "alianza", la Unión Soviética arguye la tesis chauvinista de la "soberanía limitada", con el argumento consabido: el peligro de que el capital se aproveche de las circunstancias, lleva al PCUS a tomar la decisión de enviar a su ejército. En nombre, entonces, del peligro capitalista se aplastan las reivindicaciones democráticas.

Es bien sabido que la política exterior es una continuación, por medios diferentes, de la política interior. Si el imperialismo capitalista es la expresión del régimen burgués el llegar a una etapa específica de su desarrollo, el imperialismo soviético (que algunos denominan imperialismo burocrático, imperialismo tecno-burocrático o social-imperialismo, y que nosotros llamamos intelectual imperialismo) es igualmente la expresión, en lo que se refiere a la política exterior, de la conformación específica de ese nuevo régimen de clases que es el *modo de producción intelectual*.

Hay quien ha hecho notar¹ que la característica central de los regímenes tecno-burocráticos es que en ellos el poder se ejerce no por la propiedad sino por la función o, dicho de manera más exacta, por la propiedad factual de los medios de producción que se derive de la *función*. Nosotros creemos que esta es una verdad a medias. Explica el papel de los burócratas y de los tecnócratas en la sociedad “socialista”; pero no las condiciones posibilitantes de la función. Pensamos que, para entender este problema, hay que rebasar la función para tropezar con su determinación estructural y si planteamos así las cosas, advertimos que la *función* sólo puede ejercerse si existe la apropiación de conocimientos indispensables para su puesta en marcha, de lo cual resulta que la estructura definitoria de la función es la propiedad privada de los medios *intelectuales* de la producción. Ya lo hemos dicho en otras ocasiones: atrás de todo burócrata o técnico con poder decisorio se halla un intelectual en el sentido amplio de la expresión y no en su acepción vulgar y cotidiana, de filósofo, artista o científico. Todo lo anterior nos lleva a la conclusión siguiente: el imperialismo burocrático o burocrático-tecnocrático no es, en su esencia, sino *intelectual imperialismo*.

Empecemos por reconocer que "salvo para los ingenuos incorregibles o los propagandistas interesados, el carácter imperialista tanto de la política dirigida por Washington como la dirigida por Moscú, aparece como una evidencia trivial"². Es claro que no es posible identificar u homologar un imperialismo con otro, ya que “la similitud de las formas (explotación, dominio, intervención) oculta fenómenos que

¹ Marc Paillet, *Marx contra Marx. La sociedad tecnoburocrática*, Dopesa, Barcelona, 1972, p. 135.

² *Ibid.*, p. 273.

son de naturaleza sensiblemente distinta"³. Siguiendo a Paillet, es necesario declarar, en efecto, que "no se descubrirán los motivos y los objetivos del imperialismo soviético ligándolo a un imperialismo clásico." Y también "no se convencerá a nadie de que la URSS es un imperialismo 'en definitiva' como los demás, aunque sus manifestaciones exteriores pareciesen mostrarlo, simplemente porque no lo es. No se podrá desmitificar la política soviética, en este campo como en los demás, más que captando su originalidad fundamental"⁴ ¿y cuál es su "originalidad fundamental"? Consiste en un tipo de política exterior destinado a beneficiar, por todos los medios posibles, a un centro tecnoburocrático, deseoso de acrecentar cada vez más su capital colectivo. No es un imperialismo que tiene su fundamento o su resorte generativo en un capital asociado a la banca creando el dispositivo del capital financiero o de un capital monopolista que logra poner al Estado a su servicio dando a luz el capitalismo monopolista de Estado, sino que es un imperialismo -de ahí su nombre de *intelectual-imperialismo*- que posee como su base una tecnoburocracia intelectual que forma parte de un régimen en el que, aunque existe un capital colectivo tecno-burocrático, ya no puede ser clasificado como modo de producción capitalista. Tiene razón Paillet al hacer notar, entonces, que "el imperialismo burocrático manifiesta, desde el principio, tendencias sin precedentes. Este precede... de la novedad de las estructuras Internas".⁵

El intelectual imperialismo nos devela, por consiguiente, que la clase intelectual, como la clase burguesa, no sólo es

³ Ibid., D. 275.

⁴ Ibid., p. 275.

⁵ Ibid., p. 304.

chauvinista y patrioter, sino también imperialista. No tenemos la posibilidad de examinar en este sitio las modalidades específicas en que actúa esta nueva forma de imperialismo (para hacer tal cosa habría que tener en cuenta la relación de la URSS con los otros países socialistas a través del Pacto de Varsovia, el COMECON, las Conferencias de Partidos Comunistas, etc.). Pero hay una cosa que salta a la vista, y en la que en este sitio podemos poner el acento: *la clase intelectual, como toda clase en el poder, se apropia de la nación y, -contraponiéndose no sólo al resto del mundo, sino a la clase obrera internacional, diseña una política exterior, tanto en sentido económico como sociopolítico, destinada a beneficiar a la metrópoli techno-burocrática intelectual.*

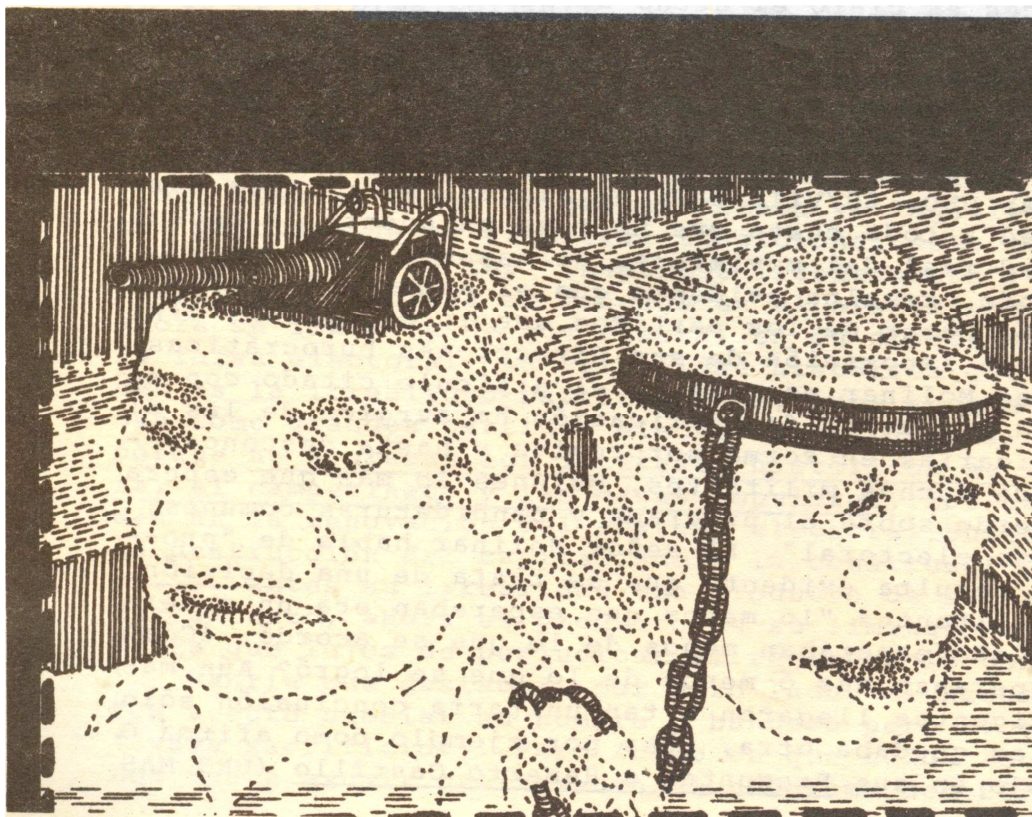
Y ya con ello, llegamos a la afirmación, tesis esencial de este escrito, de que sólo la clase trabajadora manual, los obreros y campesinos, es una clase verdaderamente internacionalista. La clase manual es un agrupamiento social desposeído no sólo de *medios materiales e intelectuales* de producción sino también de la nación. Su *extranjería interna* salta a la vista – no sólo, como dijimos, en los países capitalistas sino también en el *modo de producción intelectual*. Con una revolución (articulada) socialista, le clase trabajadora manual perderá sus cadenas no sólo económicas y culturales sino las cadenas políticas expresadas en el hecho de vivir dentro de una "nación" que no les pertenece.

Cuando la clase trabajadora manual tome el poder *socializará, por consiguiente, la nación*. La nación ya no pertenecerá a una clase explotadora, sino a la clase que, por estar desposeída de todo, es la única capaz de instaurar, con una sociedad sin clases, un país donde la nación se halle socializada. O, lo que es igual, internecionalizada. La clase

trabajadora manual se apropiará de la nación con dos objetos, entre otros: a) expropiar a toda clase explotadora de la posesión estatal. Corolario necesario de esto será reubicar de nuevo el sentido prístino del internacionalismo proletario como nacionalista por la forma e Internacionalista por el contenido b) convertirse, por así decirlo, en la custodia de un territorio donde rige ya el internacionalismo o, si se quiere, de una nación poseída por un fragmento nacional del proletariado internacional. Se trataría, pues, de un territorio libre del nacionalismo, del inicio de la internacionalización de los intereses proletarios. De una nación, poseída ahora por un proletariado concreto, a la espera -pero a la espera dinámica, internacionalista- de que la clase obrera llegue al poder en otras partes del mundo y pueda considerar la nación internacionalizada como un avance salvaguardado por la clase obrera victoriosa.

El socialismo no puede ser sino el producto del *conjunto* de *revoluciones* vinculadas internamente y jerarquizadas (de acuerdo con las condiciones históricas) que hemos llamado la revolución articulada. Cinco son las revoluciones que hemos localizado como formando parte esencialmente de este proceso: la revolución económica, la cultural, la sexual-familiar, la anti-autoritaria y la internacionalista. La revolución internacionalista o el internacionalismo del proletariado manual, puede ser enfocada antes de la toma del poder, esto es, con un *carácter anticipativo* y que se materializaría en acciones solidarias de las luchas populares, en posiciones denunciativas teórica y prácticamente del nacionalismo burgués o tecnoburocrático, etc.) o bien después de la toma del poder. En realidad, la toma del poder por parte del proletariado manual se identifica con la socialización del Estado. Esta es la razón por la cual, la revolución internacionalista, aunque le hayamos enlistado en

último término, es le revolución englobante de las demás. Sólo si la clase trabajadora manual se adueña de la nación, la socializa, podrá socializar los medios materiales e intelectuales de le producción y llevar a cabo las otras revoluciones institucionales.



Revista Problemas y ALTERNATIVAS

No. 16, Año II.

UAZ Octubre, Noviembre y Diciembre de 1981.